

Francisco A. Coloane (1)

## Cabo de Hornos



AS costas occidentales de la Tierra del Fuego se desgranán en numerosas islas, entre las cuales culebrean canales misteriosos que van a perderse allá en el fin del mundo, en «La Sepultura del Diablo».

Los marineros de todas las latitudes aseguran que allí, a una milla de ese trágico promontorio que apadrina el duelo constante de los dos océanos más grandes del mundo, en el Cabo de Hornos, el Diablo está fondeado por un par de toneladas de cadenas, que él arrastra, haciendo crujir sus grilletes en el fondo del mar en las noches tempestuosas y horrendas, cuando las aguas y las oscuras sombras parecen subir para bajar del cielo a esos abismos.

Hasta hace pocos años, sólo se aventuraban por esas regiones audaces nutrieros y cazadores de lobos, gentes de distintas razas, hombres corajudos que tenían el corazón nada más que como otro puño cerrado.

Algunos de estos hombres han quedado engarzados para

---

(1) Su primer libro, «Cabo de Hornos», lo consagró entre los más vigorosos escritores nacionales, a pesar de su juventud. Conoce el mar y lo traslada a la creación artística con plasticidad y humana emoción. Ha escrito «El último grumete de la Baquedano» y «La Tierra del Fuego se apaga». Nació en 1910 en Quenchi, Chiloé.

toda la vida en esas islas. Otros desconocidos, acorralados por el látigo del hambre que parece arrearlos de Oriente a Occidente, llegan, de tarde en tarde, a esas tierras inhospitalarias, donde pronto el viento y la nieve los machetean hasta el alma, dejándoles sólo los filos con dureza de carámbano.

Al final de los canales existe un lugar de tenebroso renombre: el Presidio de Ushuaia. De las sangrientas evasiones de presidiarios también han quedado regados por las islas, entre los indios a veces, hombres que han conquistado su libertad a tiro limpio y que no podrán asomar la cabeza por donde haya una luz de justicia.

Nada debe extrañar al hombre de esas tierras: que un barquichuelo se haga a la mar con cuatro marineros y regrese con tres; que un cúter haya desaparecido con toda su tripulación, etc. Nada debe extrañarle cuando las pieles y el oro son repartidos proporcionalmente entre los tripulantes...

Al final de esos canales, cercana al Cabo de Hornos, está situada la isla «Sunstar».

Los dos únicos habitantes de la isla, Jackie y Peter, están sentados en el umbral del rancho en un inacabable anochecer de diciembre. El rancho es una construcción de dos piezas formadas con troncos rústicos, parados, sobre cuyo techo los líquenes y musgos verde-amarillentos crecen como una tiesa sonrisa de esa naturaleza agreste hacia el cielo que, cargado de desgracias, deja caer sus nieves durante la mayor parte del año.

Los cazadores dicen que son hermanos, pero nadie sabe nada; ellos nunca lo han manifestado, como que no abren las bocas sino para la violencia y engullir.

Jackie tiene la faz impersonal y vaga de un recién nacido; de regular estatura, con un chispeante reflejo en los ojos sumidos en párpados sin pestañas, enrojecidos y tumefactos, parece a veces un gran feto o una foca rubia.

Pedro es más interesante con sus rasgos de zorro, de felino hipócrita y cansado. A primera vista tiene una actitud apacible,

pero en la cabeza de estopa asoleada hay unos mechones turbios, más oscuros, que advierten, sin saberse por qué, de algo sórdido y agresivo que se esconde en esa aparente mansedumbre.

Comentan que tienen algunas libras esterlinas guardadas y que están juntando más para irse a sus tierras... ¿A qué tierras? ¿De dónde han venido...?

Nadie sabe el origen de muchos hombres de esos lugares nadie sabe adónde van a ir a parar; si parecen emergidos de la tierra misma, de esas aguas raras y perdidas en el extremo del orbe.

Hablan una mezcla de español e inglés gutural. Su trato con los indios y la soledad les han hecho perder el don de hilvanar pensamientos y frases largas. Son entrecortados en su decir y difíciles de entender para los hombres un poco más civilizados, que bajan desde Magallanes a buscar las codiciadas pieles.

Después de haber comido un poco de pescado, se han sentado en la puerta, a descansar, en medio de la tarde que va cayendo con los más extraños reflejos del crepúsculo austral.

Al frente, las aguas del canal están tranquilas y profundas; en el fondo de las ensenadas, circundadas de robles, tienen un color más oscuro y parecen vagar sobre la tersa superficie vahos de negruras inquietantes.

El silencio es completo, estático y frío.

Jackie lanza un bostezo desde sus quijadas de foca, apoya la cabeza en la mano y mira una nevada montaña, a lo lejos, por detener los ojos en algo, más que por un lejano instinto hacia la belleza.

De pronto, hace un movimiento inquieto y para la oreja en dirección a un ruido que advierte venir de la playa cercana. Primero es un chapoteo como el de una nutria que sale del mar trepando por los acantilados; después es un suave y tierno despegar de remos en el agua.

Por costumbre de cazador, va a buscar un Winchester al

interior de la choza y aguarda en medio de la puerta. Pedro también se ha levantado en actitud de espera.

Al cabo de un rato, el mojado ruido cesa, y al poco, se oye un abrir de malezas en el robledal que circunda, en parte, al rancho, y, ya no les cabe duda, alguien avanza entre los robles bajos y tupidos.

Entre hombre y hombre, nadie allí usa arma; Jackie, con desgano, deja el rifle detrás de la puerta.

Nadie usa armas, porque un cartucho vale una piel de lobo o de nutria; y cuando alguien quiere evitar el molesto reparto de los cueros, se elimina al socio abandonándolo en un peñasco solitario en medio del mar o basta con un pequeño empujón junto a la borda del celoso cúter, en una noche tranquila, mientras se navega.

Una mancha parda apareció entre el verde y negro del ramaje y un hombre echado hacia adelante, con la ropa desgarrada y empapada, avanzó al pequeño claro de pampa, como un animal apaleado surgido de una charca.

Los hermanos se miraron; el hombre se detuvo a unos pasos de ellos; alto, magro y noble a pesar de que en él estaba todo desvalido; renegridos los poblados bigotes y la barba. Levantó la cabeza, y con una extraña mirada de súplica, como si todo él se hubiera azotado contra el suelo, y dijo:

—¡Un poco de comida...! ¡Vengo arrancando de Ushuaia...!

La voz salió rara, como si en todos los días de peripecias no la hubiera usado y ahora no tuviera timbre.

Peter, el de los mechones oscuros en la cabeza de lampazo movió la cabeza negativamente y, con la mano levantada, indicando el camino por donde el hombre había llegado, dijo tropezando en las palabras:

—¡Vamos...! ¡Andando!... ¡Lárgate!...

El hombre no rogó, sabía que estaba de más; y ya se disponía a volverse, cuando su vista se detuvo fijamente en un mon-

ton de cueros de lobeznos, estaqueados junto a las paredes de la choza.

Las pieles más codiciadas por los cazadores son las de lobos de dos pelos; pero los industriales europeos han imitado muy bien esta fina piel con los cueros de los lobitos de un pelo, muertos dentro de los ocho días de su nacimiento y descuerados antes de las veinticuatro horas de haberlos muerto.

Esas pieles se conocen con el nombre de «popis» y los compradores en Magallanes pagan a razón de cuarenta y cincuenta peniques por cada una.

La abundancia de lobos de un pelo en las regiones antárticas es enorme. La dificultad está en los inaccesibles lugares en que paren las lobas y la duración de la caza, que debe ser, como dijimos, dentro de los ocho días del nacimiento.

—¡Ustedes cazan «popis»!... —dijo el prófugo con algo en la cara que no alcanzó a ser sonrisa, y continuó—. Yo conozco una caverna, una enorme lobería donde abundan más «popis» de lo que se puede cazar.

La cara de Peter se ensanchó y en los labios apareció una sonrisa como el oscuro pantano que en alguna noche plateada se ilumina igual que la fuente.

—¡Pero antes un poco de comer...! ¡Estoy que caigo de hambre!—siguió el prófugo.

—Primero dínos, ¿dónde está la lobería?—exclamó uno.

—¿Han oído ustedes hablar de «La Pajarera»...?

—¡Sí! Vaya una novedad y sabemos que en su interior hay una lobería y que nadie ha podido entrar en esa isla endiablada, porque la boca de la caverna está en pleno océano, llena de peñascos y rompientes.

—¡Eso es...!—dijo satisfecho el prófugo—. ¡Nadie ha entrado por ahí, pero donde hay pájaros hay lobos y donde hay lobos, pescados...! ¡Antes de salir mar afuera, en el recodo que tiene la isla en la mitad, allí donde nadan y juegan las manadas de focas, hay una entrada oculta...!

—¡Vamos, quédese aquí!—sonrió Peter con su cara maliciosa y maligna.

El hombre comió un poco de pescado seco, restos de carne asada y se acomodó para dormir sobre unos cueros detrás de la mohosa y destartalada cocina.

Los gringos se echaron sobre unos camastros de toscas tablas de roble, apegados a la pared, que en esa parte estaba calafateada de estopa y pedazos de cueros podridos para guarecerse del viento y de la nieve.

Volvió a reinar de nuevo el silencio. La noche austral, afuera, quieta y helada.

¡Todo es cuestión de precio, en esa tierra y en todas partes! Al amanecer, más o menos a las dos y media de la mañana, ya estaban abordo del pequeño cúter con su chalana a popa, los tres hombres afanados en zarpar, como si se hubiesen conocido toda la vida.

El sol semipolar empezaba a iluminar el paisaje de soslayo, como un reflector faliducho y lejano, cuando las explosiones del motor a kerosene del cúter taladraron incómodamente la paz de los lugares y la embarcación fué avanzando despaciosamente rumbo al sur, canal abajo.

A las tres horas de navegación, llegaron a la desembocadura del canal. Más allá se divisaban las grandes olas del océano, que iban menguando sus furias al acercarse a la pequeña angostura de la salida, ésta las transformaba en mar picado y correntoso, peligrosísimo cuando las mareas subían o bajaban.

El cúter inició un tenue balanceo por la amura de babor, y, virando, fué a buscar el recodo de la isla, donde, después de buscar fondo, Jackie lanzó al mar la pequeña ancla.

«La Pajarera» es una isla alargada, en forma de monstruo o lobo echado, cuya cabeza, cimbrada por los recios vendavales del Cabo, parece agacharse desafiante y vomitar rocas despedazadas donde el mar va a romperse eternamente.

—¡Allí es...!—dijo el prófugo, señalando desde la proa del

cúter una disimulada hendidura que penetraba en la isla y que se perdía en tupido ramaje, y contemplando la pared grisácea de la isla sintió escapársele un respiro desde el fondo del ser.

Esa era su «pajarera»; ocho años sin verla. La caverna que él solo conocía. Entre esos mismos recovecos estuvo escondido una vez, cuando en Ushuaia los malditos reflectores de los guardacostas le pescaron el contrabando de aguardiente..., hubo tiros y necesidad de acertar. ¡Quién sabe cuántos...! Todo quedó atrás.

La alta roca se cortaba en una línea pareja inclinada hacia el mar. La sombra de su cumbre saliente robaba una zona de claridad en las aguas.

Hubiera semejado un trozo de un mundo extraño, muerto, si en las pequeñísimas grietas, como escalones formados por capricho natural, millares de pájaros no estuvieran constantemente apiñados; balconaban cual habitantes de un curioso rascacielo, cuervos de mar, patoliles, caiquenes blancos, treles, albatroses, gaviotas y palomas del Cabo.

Un orden admirable guardaba esa «pajarera», que de allí había llevado el nombre de isla. En la parte de abajo, los pingüinos se aglomeraban con sus pechos de nieve y con su estúpida gravedad; seguían arriba los cuervos y patoliles con sus pazguaterías de mirones, escandalizándose por todo. En la parte alta, saliendo y llegando como a determinadas expediciones, las gaviotas y albatroses ponían sus notas de lontananza.

De vez en cuando, un picotazo en la riña lanzaba al espacio un cuervo que sostenía la caída con las alas; otro llegaba en vuelo recto dispuesto a abrirse un lugar y se armaba un tumulto de alas, picos y graznidos.

«Donde hay gaviotas, hay lobos y donde hay lobos, pescados», había dicho el forastero. La corriente, que se estrecha en esa parte, y la ensenada guarecida y profunda de «La Pajarera», eran la vía central del tráfico incesante de los habitantes del mar.

Así, la eterna lucha aparecía del fondo del mar cuando un

lobo sacaba de un estirón el redondo cogote fuera de la superficie, mordiendo un róbalo que se retorció como un brazo blanco y espejeante.

Era un espectáculo escultórico del mar: la piel del lobo, reluciente y oscura, el cuello dilatado en formas vigorosas, las fauces del perro y del hombre, con sus bigotes destilantes cual trozos de cristal, apretando la cola del pez que se enroscaba y abofeteaba las quijadas ansiosas de la bestia.

Más allá, en pequeños grupos, con sus cuerpos esbeltos de delfines, nadaban a saltos y en parejas los lobos finos o de dos pelos.

Los tres cazadores embarcados en la pequeña chalala se acercaron a la hendidura oculta por la cortina de líquenes y enredaderas.

Apartando el verde cortinaje, penetraron en un boca oscura. Era la entrada oculta de la caverna. La roca sudaba humedad y el agua de una pequeña vertiente caía en inflados goterones al mar.

Alumbrados por un farol, avanzaron empujándose con los pequeños remos contra las paredes lisas y viscosas.

Habríanse internado unos treinta metros, cuando una claridad confusa fué recibiendo poco a poco y un sordo rumor lejano como retumbos de bombos colosales, turbó aquella paz de tumba. Era el mar bravío que se rompía en la entrada inaccesible de la caverna, la que quedaba hacia el Cabo.

Poco a poco la semiclaridad disminuyó, se hizo más pareja. Las paredes se adivinaban cortadas a pique y hacia el techo de la caverna no se veían más que negruras espesas y aplastantes.

El prófugo tomó la singa de la chalala, haciéndola avanzar con mil precauciones. El remo, aleteando suavemente en forma de hélice, apenas producía un ruido cuyo eco se tragaban las oquedades.

Los tres hombres se agachaban instintivamente oteando hacia adelante, donde parecía estar poblado de pavuras.



De pronto un extraño olor a sangre de pescado putrefacta llegó a atosigar a los tres hombres en ondas tibias y nauseabundas.

El olor se fué intensificando; las ondas tibias se hicieron oleadas sofocantes y pesadas, y un rumor blando y apagado fué percibiéndose.

De súbito, la galería de la caverna se ensanchó y en el fondo de una poza enorme se divisaron montañas de cuerpos grandes pardos y redondos que se movían con pesadez y lentitud.

—¡Esa es la lobería!—dijo el prófugo, y su voz enronquecida continuó—. Hay que tener cuidado con los machos viejos esos grandes y barbudos, que son los únicos que se quedan acompañando a las hembras en la parición. Preparen el rifle y, cuando estemos cerca, disparen unos balazos para que las lobas se abran y podamos bajar en las toscas de la pequeña playa.

A los disparos se agitaron los cuerpos y en un breve claro de playa los hombres atracaron la chalala; cada uno desembarcó llevando en la mano un grueso palo en forma de maza.

Un macho enorme, con bigotes tiesos y horribles, movió las arrugas de sus belfos; sus ojos se movieron con extraños reflejos y se levantó sobre sus aletas en actitud feroz... Un disparo de Jackie, que llevaba el rifle, retumbó, y el lobo se desplomó lanzando un bramido sordo y profundo.

En las profundidades de una caverna, en el seno de una isla rodeada de sombras, de un olor y de un calor pesados que embotaban los sentidos, los hombres sufrieron un breve remezón y aflojaron un poco su reciedumbre cuando sintieron aquel bramido del lobo moribundo...

Acostumbrados, sí...; pero mar afuera, en donde las olas y el viento pegan de frente y atacan fuerte; mientras que estas hondas negruras, esta pesadez de cuevas hechas para monstruos...

—¡Estos son los j...!—dijo el gringo, cuando vió desplomarse la bestia del guaracazo.

La parición estaba en su apogeo. Algunas lobas en el duro trance se ponían de costado y de sus entrañas abiertas y sangui-

nolentas salían unos turbio's animalitos moviéndose como gruesos y enormes gusanos con rudimentos de aletas. Otras emitían intermitentes raros quejidos, casi humanos, en los últimos dolores del alumbramiento. En su estibamiento, se aplastaban unas con otras, a veces, y, madres al fin, se daban, en su desesperación, de empujones y mordiscos para salvar a sus tiernos hijuelos de ser aplastados. Estos, los más grandecitos, se encaramaban sobre los lomos maternos como curiosos ositos de juguete o bajaban dando los primeros tumbos, hasta zambullirse en las aguas de la caverna.

Una rara palpitación de vida lenta y aguda emanaba de esa masa dolorosa e informe de cuerpos redondos, pardoscuros.

Quejidos de tonos bajos, sordos. Choques de masas blandas. Desplegar de aletas, resoplidos. Chasquidos pegajosos de entrañas en recogimiento. Algo siniestro y vital, como deben ser las conjunciones en los ínfimos cuerpos de las entrañas macerantes de la naturaleza.

¡Si aquello no era una lobería, era una isla en el trance doloroso...! ¡Una isla pariendo! ¡El genio de la naturaleza creadora metido en esa bolsa de aire fétido y aguas oscuras...! ¡La matriz fecunda de la isla incubando los hijos predilectos del mar...! ¡El mar, ese macho arrollador y bravío que baña sus peñascos relucientes desde afuera...! ¡El progenitor que devuelve los dolores parturientos de la isla con blancas caricias de espumas engarzadas a los riscos! ¡Región de un mundo lejano...! ¡Lobos, loberqs, islas extrañas! ¡Tierra sobrecogedora, inolvidable y querida; el hombre que se ha estremecido en sus misterios, se amarrará para siempre a sus recuerdos! Ella y sus hombres son como el témpano. Cuando la vida le ha gastado las bases azules y heladas, da una vuelta súbita y aparece de nuevo la blanca y dura mole navegando entre las cosas olvidadas...

Pero es inútil que se esconda la vida en lo más profundo de sus entrañas; allá se mete el hombre con sus instintos para arrancarla.

Los tres cazadores iniciaron su tarea de siempre y de todas

las partes: matar... matar, destruir la vida hasta cuando recién empieza a nacer.

Con los mazos mortíferos en alto, fueron brincando por sobre los cuerpos que daban a luz y descargando garrotazos certeros sobre las cabecitas de los recién nacidos. Los tiernos lobeznos no lanzaban un grito, caían inertes entregando la vida que sólo poseyeron un instante.

¡Matar y matar...! ¡Cuánto más rápido mejor! Como poseídos de una locura extraña, los hombres asestaban mazazos e iban amontonando los pequeños cuerpos.

Sudorosos, cansados, se detenían un momento a tomar aliento. Un macho viejo y grande les atemorizaba a veces y hacía intervenir el fusil. Las lobas no se defendían y sus ojos contemplaban fijamente, con un fulgor indefinible, la tarea de los matadores de sus hijos.

Cuando hubieron calculado la carga de la chalala, empezaron a arrojar en su interior los muertos, hasta que la línea de flotación les aconsejó prudencia.

Luego, la chalala, llena de lobitos pardos y relucientes, fué saliendo de entre las entrañas rocosas, y los hombres, con su cargamento, surgían a la luz, como extraños pescadores que hubieran ido a tender sus redes al abismo, que peces de allí parecían esos lobeznos.

Dos faenas iguales alcanzaron a realizar aquel día, de la caverna al cúter. Y con las avanzadas sombras de la noche, recalaron al lugar del rancho e iniciaron incansables, el descueramiento, pues de un día para otro las pieles mortecinas se echan a perder.

A la mañana siguiente, todos los rajones disponibles del rancho estaban repletos de cueritos de «popis» estaqueados.

—¡Cómo si hubiéramos completado la temporada!—dijo uno de los gringos, jubiloso.

Cinco días continuaron trayendo el cúter cargado de pieles.

La faena de la caza llegaba a su término. Ya habían pasado los ocho días de la parición.

Durante las noches, en el breve descanso que dejaba el descueramiento y el estaqueado, los gringos se habían vuelto más obsequiosos con el valioso huésped. Este había transmutado los rasgos fijos de su faz, siempre detenidos en una actitud de espera, por una sonrisa que empezaba a desarrollarse bajo el renegrado bigote.

En la mañana austral, fría y luminosa, resbaló una vez más el ruido fatigoso del motor del cúter y fué a refugiarse con eco apagado en los ámbitos de los canales.

—¡Hoy es el último día y trataremos de hacer tres chalalas de «popis»!—dijo Jackie, aflojando un rizo de la vela para ayudar al motor con la fina brisa que pegaba por la aleta.

El prófugo extendió una sonrisa esperanzada y fué diciendo, pausadamente, mientras miraba al cielo:

—¡Después de ésta, yo he de «rumbiar» al norte...! ¡Ustedes saben...! Unos cuantos cueros no más para dárselos al patrón del primer cúter que me pueda llevar. Me quedaría aquí, pero ya no sirvo, la temporada de caza pasó y nunca se está demasiado lejos de Ushuaia. ...

Algo helado pasó entre las miradas de los hermanos... Siempre los dos gringos se habían estado preguntando desde lejos lo mismo en iguales condiciones de la vida, cuando así se miraban. Ambos eran canallas, pero les costaba serlo sinceramente... Habían pasado siempre echándose del uno al otro la bola negra de sus pensamientos.

Apartaron sombras, como en los días anteriores, penetraron en la caverna y atracaron la chalala en el claro que dejaron las lobas en los postreros días de su parición.

El herido instante en que la vida nace a su curso olía, como siempre, a muerte y vida.

Con los dientes destapados como en apretada sonrisa, el

prófugo se internó caverna adentro, golpeando a derecha e izquierda sobre las frágiles cabecitas.

Estaba metido muy adentro, confundido entre las sombras, poseído de su afán de matar, avanzando a horcajadas sobre los lomos como un extraño demonio que explorara a mazazos las espesas negruras, cuando los dos hermanos se miraron de súbito. ¡Fué sólo un instante, supremo! Sus miradas se chocaron hasta con temor. No habían hablado una palabra, pero ya, desde antes, estaban de acuerdo sus pensamientos canallas. Se comprendieron... y, bajo un solo impulso, saltaron a bordo de la chalala y emprendieron presurosos la salida.

El prófugo, cansado, detuvo de pronto la matanza... y, lentamente, volvió la cabeza hacia atrás. La chalala ya desaparecía en la galería de salida.

No tuvo tiempo para nada. Quedó paralizado como si la tierra entera hubiera desaparecido, quedando sólo él, flotante y sumido en el vacío, sin piso, sin cielo...

Cuando hemos cargado nuestra barca con el equipaje, con las más bonitas ilusiones y sueños, y quedamos estupefactos en la playa del engaño, viéndola partir en lontananza llevándonos todo y dejándonos la fofa hilacha que no atina a nada, entonces... aflojamos; pero echamos un vistazo hacia atrás, vemos que hay senderos de regreso, nos recobramos, y aunque vayamos curvados por nuestra pesada cruz, con el alma doblada, ya levantaremos el hombro y arrojaremos la cruz en alguna vera polvorienta y volveremos a ser hombres.

Pero cuando no hay caminos de regreso, el alma queda sobre un filo, oscilando en el límite, en constante caída. El filo puede ser un hilo de luz lacerante o una sima.

El prófugo avanzó hasta el borde del agua. Se sentó en la arena y lanzó una especie de mirada por sobre el lomaje pardo bestias, por sobre las paredes sombrías, por sobre la aguas tranquilas y siniestras de la negra caverna...

Afuera, la chalala ya salía al canal sonriente de luz y de pájaros.

\* \* \*

Un calor sofocante... un olor que viene en rollos... en madejas de estopa blanda como el algodón. Y se mete por las narices... por la boca, atascando...

Un lobo grande y negro... un lobo, sí, con los bigotes tiesos en la pulpa asquerosa de los belfos hediondos, con hedor espeso que viene a aplastarle el pecho con sus aletas enormes, blandas, pegajosas y pesadas como los tablones de la muerte...

¡Pero si no es un lobo! Es Luciano, el bachicha, que, borracho, viene a echarle su corpulencia encima. ¡Luciano no mueve sus gruesos labios olorosos a toscano, pero sus ojos le preguntan por los cueros...!

¡Los cueros, por los cuales pelearon, y él lo dejó tendido en la arena de una puñalada en el vientre subido!

¡Sangre...! ¡Alivio! El ahora nada con lentitud en el mar, junto a él se sumergen lobos conocidos, en las aguas glaucas y cristalinas; las aguas se vuelven oscuras... Pero si no son aguas... Es sangre espesa y revuelta, y a su lado ve dos lobos largos y rubios... No, son monstruos, mitad hombres, mitad lobos... Pero no, son Jackie y Peter que muestran sus dientes apretados y están sonrientes...

¡Qué es eso, Dios mío? Una loba está abriendo sus entrañas sobre su faz. Su lobezno va saliendo del vientre como una babosa negra... Y lo ahoga... ¡Ah... pasó...! Qué alivio; pero las entrañas se recogen, lo absorben, son enormes y lo arrastran hacia el interior... Las entrañas lo apretan horriblemente...

¡La loba lo va a parir y no puede! Las vísceras lo empujan, lo atraen, hacen de él un nudo... y todo es negro, es sangre seca, es baba espesa.

¡Descanso...! Lentamente se levanta un clamor a lo lejos.

El clamor se convierte en un cántico armonioso de miles de voces infantiles. Y por las paredes, ahora celestes, de la caverna, van apareciendo bandadas de niños... No, son pájaros..., no, son lobeznos con sus alas transformadas en alas... Y cantan... Y vuelan...

¿Y él, qué hace?... Ha asestado una puñalada al lobo que nada a su lado, y este lobo es Luciano y lo ha enterrado en la arena... Pero, Dios mío, él es bueno, ¿y cómo ha hecho eso? ¿y por qué embiste contra los lobitos que vienen a cantarle a su lado con voces de ángeles? Y los va matando con el mango del puñal... Y no puede despegarse de su crueldad... y los lobitos van cayendo uno a uno... y se van apagando poco a poco los cánticos...

Todo es paz, es dulzura, silencio... y él tiene alas ahora, es liviano y quiere vaciarse en un hilo largo que sale hacia la luz... Y se eleva ágilmente, volando hacia una claridad que se abre entre las nubes rocosas... Y asciende... Ascende hacia una zona de luz y de paz.

\* \* \*

Algunos años después, en un diario de Magallanes, apareció una lacónica noticia que no extrañó a las gentes acostumbradas a leer las misteriosas tragedias que de tiempo en tiempo ocurren en esos mares:

«El Comandante de una escampavía que realiza expediciones a los Canales del extremo sur, ha comunicado a la autoridad marítima haber encontrado un cúter al parecer abandonado desde hace tiempo en la cercanía de la isla denominada «La Pajarera», situada cerca del Cabo de Hornos».

Un viejo lobero que oyó la noticia junto al mesón del bar de don Paulino, el Asturiano, comentó, entre sorbo y sorbo de grapa: ¡Ese cúter debe haber sido de los gringos Jackie y Peter... eran

tan ambiciosos los gringos esos... Se habrán hecho pedazos al querer entrar a la boca de la cueva de «La Pajarera». La boca está en pleno océano, llena de rompientes, y dicen que en su interior hay grandes loberías.

Los dos gringos entraron, pero no salieron ni saldrán jamás.